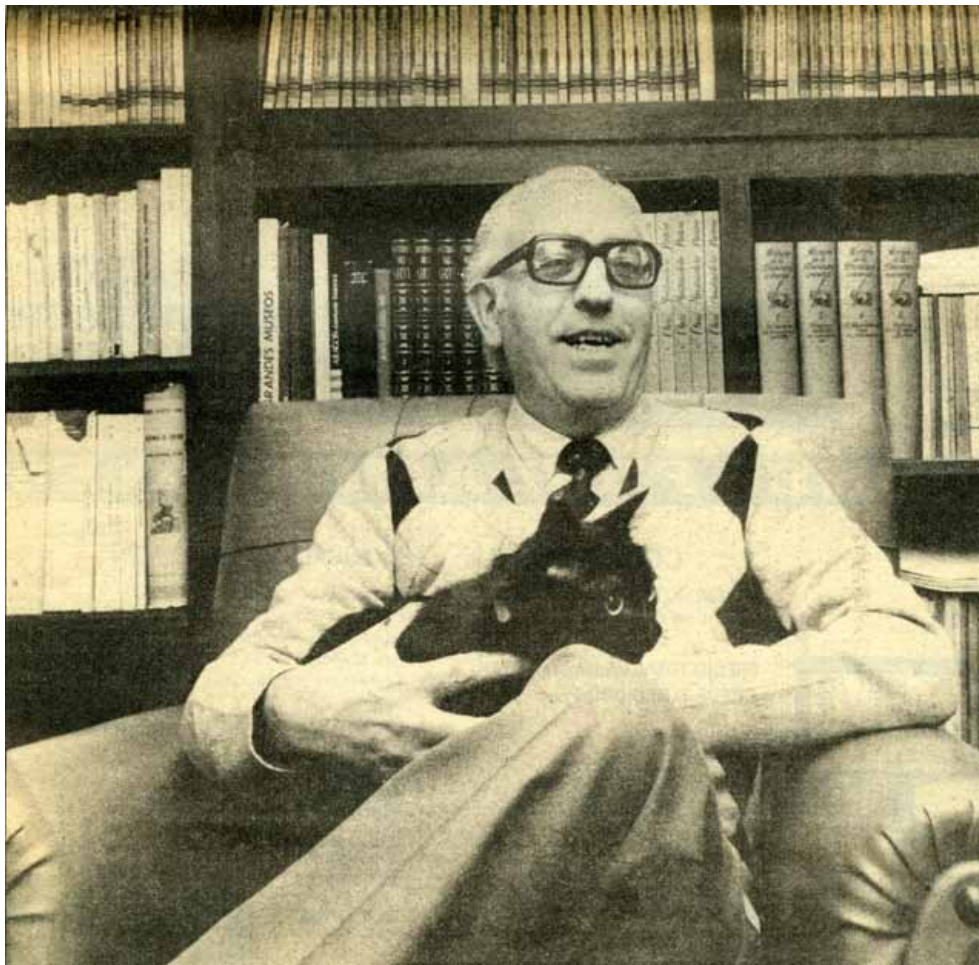


Rosendo Tello

Nuestro gran poeta ha traspasado todas las fronteras y ha sido reconocido por las mejores plumas de la crítica literaria. Nos honramos en presentar dos poemas actuales e inéditos que ha tenido la generosidad de cedernos.



Nació en Letux (Zaragoza) en 1931. Realizó estudios superiores en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza. Fue profesor del Colegio Santo Tomás donde se relacionó con los hermanos Miguel y José Antonio Labordeta con quienes participó en la tertulia del Café Niké. Desde esa tertulia colaboró en revistas como *Orejudín*, *Despacho Literario* o *Poemas*. En 1969, logra el premio San Jorge

de Poesía con su libro *Fábula del Tiempo*. En 1974 gana el Premio de Poesía “Luzán”, convocado por el Ayuntamiento de Zaragoza. Fundó la revista *Albaida*, que dirigió con Ana María Navales.

Otros datos sobre su biografía y su bibliografía poética podéis encontrarlos en la entrevista que Juan Domínguez Lasierra ha publicado en esta misma revista.

También hay que citar algunos relatos: “Por el jardín del sol”, “Mombor o la mirada frenética” o “La mansión de Dania”.

En crítica literaria resaltamos su tesis doctoral sobre Gil Albert o sus trabajos sobre Miguel Labordeta o Ramón J. Sender.

Su obra ha sido traducida a diversos idiomas: francés, italiano, holandés, búlgaro, rumano.

En el silencio azul

Se confundía el vuelo lento de los pájaros
con los peces voladores en el río.
Espada era la luz en el pecho del agua,
mientras se abría su tersa superficie,
y alzando los peces sus aletas de oro
rasgaban el cielo, impulsando los aires.

Quizás aquellos instantes que vivimos,
sabíamos que un día saltarían del tiempo.
Lo veo ahora después de tantos años
de mi vagar sin fin, en el trance encantado
de mi contemplación. El cauce se ha extendido
hacia el azul estancado para siempre,
entre el cielo y el agua, sin apagar su brillo,
pues cantan aún los mismos ruiseñores
que anunciaban el verano con su canto.

Hoy veo una sombra en las orillas del río,
que lanza al agua sedales transparentes.
Las libélulas posan en las cañas del agua
sus antenas de perlas, y la luz va subiendo
en el claro vislumbre de una eterna mañana.
Un niño corretea sobre la verde grama
y el aire multiplica sus pasos en la arena,
al fondo de los árboles que filtran el rocío
candente de la lumbre en las frescas umbrías.

Atento como entonces al mirar sigiloso
de su padre en la orilla, que, sin soltar la caña,
vigilaba sus pasos. Y, viendo cómo en agua
callada se pierde nuestra imagen dispersa,
alguien permanece velando en la luz.
Por él sabemos que el azul es silencio.

Lo sagrado y lo terrible

Lo sagrado quizás sea el momento en que aprendemos a estar bien con nosotros y prolongar el plazo de su revelación, no es más que el gozo de saber que estamos desnudos, como el pez en el agua, ajenos a los trances del vivir, como en la eternidad.

Lo claro no es saber sin más, sino sentirnos dueños del tiempo venidero, pues se ha cumplido el pasado que estaba madurando en cada instante. Luego, si estamos ya, vano será esperar estar un día, pues sería como asistir al espejismo de la realidad.

Pero no hay espacio menos firme en su asentir cuando nos instalamos frente al tiempo, y así lo vemos ahora en el trance fugaz de desaparición. Ingravidez del ser, materia de incertidumbre, cuando vuelan las formas de las rosas que mueren en invierno, imagen de desencanto de la edad.

¡Oh privilegio de lo sagrado, mundo fascinante que empuja los deseos en el claro deslinde de otro mundo terrible y sobrecogedor!
Oh soledad, te escucho, madre en la noche blanca, que me trajo a este mundo tan arcano.